

HA CAMBIADO, NO HA TERMINADO

Guía Católica para
Prepararse para la Muerte



P. BENJAMIN P. BRADSHAW, STL

En efecto, para tus fieles, Señor,
la vida cambia, pero no se acaba,
y, cuando esta morada terrenal se convierta en polvo,
les espera una morada eterna en el cielo.

- Prefacio por los Difuntos, Misal Romano

Prólogo

La muerte da miedo. Según mi experiencia, la mayoría de la gente no le teme a la muerte. La mayoría sabe que su tiempo es limitado y que algún día abandonarán este mundo. Aunque no necesariamente temen a la muerte en sí, la mayoría del tiempo sí temen lo que la acompaña: el miedo a lo desconocido tras la muerte, el dolor que conlleva el proceso de morir, el tener que desprenderse de todo y de todos los que han conocido hasta ahora, y el juicio final ante Dios. Esta realidad nos hace sentir humildes y, en cierta forma, da miedo a la mayoría. La muerte es el gran equilibrador para toda la humanidad, ricos y pobres, y está al cien por ciento fuera de nuestro control. Aunque es cierto que las personas pueden quitarse la vida —y he enterrado a muchos que lo han hecho—, nadie puede evitar enfrentarse a las realidades que siguen a la muerte.

Como cristianos católicos, creemos que, aunque normalmente no podemos controlar cómo ni cuándo moriremos, sí podemos controlar dónde estaremos después de morir. Dios nos ha dado a cada uno de nosotros libre albedrío para elegir entre la vida eterna o la separación eterna de Él. Él nos da únicamente lo que hemos elegido en esta vida, normalmente cien veces al día. Una humilde sugerencia: elige bien. Solo tenemos una oportunidad en esto que llamamos vida, así que hagámoslo bien.

Del mismo modo, los cristianos creemos que la existencia humana consta de tres etapas: el cuerpo y el alma juntos en esta vida presente, el cuerpo y el alma separados tras la muerte, y el cuerpo y el alma reunidos en la Segunda Venida de Jesucristo (escatón), que profesamos cada domingo en el Credo de Nicea: «Espero la resurrección de los muertos y la vida en el mundo futuro. Amén». Es lógico, pues, que como cristianos católicos tomemos medidas prácticas para prepararnos, en la medida de lo posible, para esta realidad próxima.

Uno de los líderes más destacados de la Iglesia católica estadounidense fue el cardenal Francis George, de Chicago (fallecido en 2015). Era verdaderamente un hombre humilde y brillante, con dos doctorados y una profunda vida de oración. Se cuenta que, en su lecho de muerte, le dijo a su secretaria: «Lo único que nos llevamos cuando morimos es lo que hemos dado». O, como ha señalado George Weigel: «Tenemos una vida que nos ha sido dada para ser entregada». Fuimos creados para ser un don. Este es, en esencia, el quid de la Teología del Cuerpo del papa san Juan Pablo II. Piénsalo: siete de los diez mandamientos se refieren a cómo debemos tratar a los demás. En el Padrenuestro encontramos nada

menos que ocho referencias a la forma plural (nosotros, nos, nuestro), lo que subraya la necesidad de tratar a los demás con amor y respeto. Si queremos ir al cielo, tenemos que tratar a los demás tal y como Dios nos ha pedido, con amor. En mis más de 20 años como párroco, he enterrado a muchos cientos de personas, algunas de las cuales murieron de forma violenta. El primer funeral que celebré en mi parroquia actual fue para cuatro personas a la vez, una de las cuales era una niña de seis años. Todas ellas fueron asesinadas en lo que parece haber sido un ajuste de cuentas entre bandas. Hace años, enterré a dos niñas de 14 años en la misma semana; ambas fallecieron de cáncer. He enterrado a muchos recién nacidos y adolescentes que murieron en accidentes o por suicidio. Los sacerdotes solemos no olvidar nunca los rostros de los jóvenes, pero, si soy sincero, los demás tienden a desvanecerse con el tiempo. Me he dado cuenta de que mi tiempo aquí es prestado. Cada momento es un regalo y, a su vez, estamos llamados a convertirnos en un regalo para los demás con el tiempo que nos queda.

A pesar de mi amor por este país, los estadounidenses en general rechasan hablar de la muerte. Para muchos de ellos es deprimente y les resulta incómodo abordarlo. Por lo tanto, no debería sorprender que, cuando la muerte se cruza en el camino de sus familias o seres queridos, no tengan ni idea de cómo abordarla, ni siquiera dispongan de un vocabulario básico para hablar de ella cuando es claramente inminente. Además, a sus hijos y nietos se les enseña que la muerte debe evitarse a toda costa, en lugar de considerarla un final natural —y frecuentemente hermoso— de nuestras vidas terrenales. Al no hablar de esto con sus hijos, les están negando un derecho que les corresponde: concretamente, el derecho a conocer su propia mortalidad y la fe que acompaña a la vida después de la muerte. Frecuentemente vemos el mismo fenómeno en las familias en torno al tema del sexo. Muchas veces simplemente carecen del vocabulario necesario para siquiera iniciar la conversación.

La realidad es esta: cuando fallezcas, es probable que tu familia se encuentre en un estado de conmoción emocional y dolor. Tendrán que salir de su dolor, literalmente, a los pocos minutos de tu fallecimiento para tomar algunas decisiones difíciles: responder a las preguntas de los médicos o del personal de cuidados paliativos, liquidar los pagos con el hospital, decidir a quién hay que informar inmediatamente de tu fallecimiento y luego hacer esas dolorosas llamadas telefónicas, llamar a la parroquia local para programar un funeral con la Iglesia y el sacerdote, reunirse con la funeraria para fijar una fecha y asegurarse de que esa fecha coincida con la de la Iglesia, revisar tus pertenencias para decidir qué se queda y qué se tira o se dona, decidir qué hacer con tu mascota, decidir qué hacer con los pagos de la hipoteca y las facturas, dar de baja tu línea telefónica, decidir qué hacer con tu coche, ponerte en contacto con tu compañía de seguros en relación con la póliza de seguro de vida y, en medio de todo eso, intentar conseguir acceso inmediato a algo de dinero en efectivo para cubrir los gastos del funeral. Teniendo en cuenta que el coste medio de un funeral en Estados Unidos ronda los 10,000 dólares, esto puede suponer una enorme fuente de estrés. A esto hay que añadir, por supuesto, que tu ser querido también tendrá que hacer malabarismos con sus propias preocupaciones familiares, facturas y horarios. Este breve texto pretende ayudar a planificar algunas de estas decisiones inevitables.

I. Planificación práctica

- A. Contraseñas y sucesiones
- B. Poder notarial
- C. Instrucciones anticipadas
- D. Planificación funeraria
- E. Testamento y última voluntad
- F. Cuándo recibir los últimos ritos
- G. Donación de órganos y de cuerpos

II. Planificación emocional

- A. Ahora es el momento de hablar.
- B. ¿A quién tengo que perdonar?
- C. Sí, moriremos.
- D. Acabar con los conflictos familiares

III. Planificación espiritual

- A. Alma contra espíritu
- B. «¿Qué pasa cuando muera?»
- C. El miedo a lo desconocido
- D. Juicio particular y definitivo
- E. El cielo, el infierno y el purgatorio
- F. Cómo hacer una buena confesión
- G. La misericordia de Dios y la justicia de Dios

IV. Una última reflexión sobre la muerte

I. PLANIFICACIÓN PRÁCTICA

Contraseñas y sucesiones

Si no dispones de un testamento válido (es decir, no algo que hayas garabateado a toda prisa en un papel), es probable que tu patrimonio pase por el tribunal sucesorio, lo que en algunos casos puede tardar hasta dos años, lo que supondrá estrés y gastos adicionales para tu familia. Aunque algunas personas tienen la previsión de redactar su testamento, pocas se plantean documentar sus contraseñas para quienes quedan atrás. Asegúrate de que tus seres queridos tengan acceso a ellas. Te prometo que les facilitará mucho la vida cuando intenten acceder a tus cuentas bancarias, cuentas de teléfono, registros financieros, cuentas en redes sociales y tu póliza de seguro de vida.

Poder notarial

Debes designar oficialmente a alguien como tu apoderado (POA, por sus siglas en inglés) para que tome decisiones en tu nombre en caso de que tú no puedas hacerlo, incluidas las decisiones legales o médicas. Obviamente, debe ser alguien en quien confíes. Esta designación debe actualizarse cada 5 o 10 años, ya que nuestros familiares y amigos pueden fallecer o dejar de tener un papel tan activo en nuestras vidas como antes. Con el paso del tiempo, las relaciones pueden sufrir «desacuerdos o distanciamientos», ya sea por una discusión que provoque una «ruptura» o simplemente por un alejamiento progresivo. El poder notarial debe estar reconocido oficialmente mediante documentación legal, no solo de palabra, ya que no es raro que las familias discutan sobre «¿a quién le asignó papá ese papel?».

Instrucciones anticipadas

¿Quieres que te pongan una sonda de alimentación si el hospital lo recomienda? ¿Quieres que te mantengan con soporte vital si fuera necesario? ¿Quieres que te resusiten si se te para el corazón o prefieres una orden de «no resusitar» (DNR)? Tenemos que reflexionar sobre algunas de estas cuestiones y comentarlas con nuestros seres queridos con anticipación, para que sepan qué hacer cuando llegue el momento. Hay que tener en cuenta que, a veces, estas decisiones críticas deben tomarse en el momento, cuando los familiares están estresados y sumidos en el duelo. Como católicos, siempre estamos obligados a proporcionar lo que se denomina «medios ordinarios» a los enfermos y moribundos. Con los «medios ordinarios» (moralmente obligatorios), siempre debemos proporcionar alimentación, hidratación y ropa de cama limpia a los enfermos y moribundos. Los tratamientos «ordinarios» ofrecen una «esperanza razonable» de mejorar el estado del paciente. En casos excepcionales, la alimentación y la hidratación pueden causar más daño a la persona si es evidente que su organismo está claramente dejando de funcionar y se encuentra cerca de la muerte. Como señaló el papa San Juan Pablo II, si una persona se encuentra en estado vegetativo persistente (EVP), seguimos estando obligados a proporcionarle alimentación e hidratación. [1]

Renunciar a estos componentes fundamentales equivaldría a la eutanasia. En este sentido, Juan Pablo II subraya que existe una clara diferencia entre la eutanasia y la decisión de no prolongar los cuidados cuando la muerte es claramente inminente. En este último caso, encomendamos a la persona a la misericordia de Dios y permitimos que el Señor se lleve a nuestro ser querido cuando esté preparado. Por el contrario, la eutanasia consiste en provocar deliberadamente la muerte de otra persona abogando por su muerte o retirándole la asistencia cuando debería pres-társela (omisión).[2] Renunciar a los cuidados, por otra parte, puede ser moralmente admisible cuando resulta evidente que la muerte del paciente se acerca rápidamente, normalmente a través de un efecto dominó de múltiples factores.[3] En tal caso, no existe la obligación moral de mantener al paciente con soporte vital. Los «medios extraordinarios» son opcionales. No estamos obligados a proporcionar estos medios al paciente, aunque se nos permite hacerlo si así lo decidimos. Dichos tratamientos extraordinarios podrían incluir la participación en estudios médicos, tratamientos experimentales ofrecidos fuera del ámbito de la práctica médica habitual, quimioterapia, procedimientos invasivos que podrían causar más problemas al paciente o tratamientos excesivos para aliviar el dolor. Por lo general, también influyen aquí otras cuestiones prácticas: cuál es la situación económica de la familia (es decir, qué pueden permitirse realmente), cuál es la edad del paciente, si el procedimiento está cubierto por su seguro médico y si el procedimiento ofrece una «esperanza razonable» de mejoría o si esta es poco probable. Tenemos que atrevernos a mantener estas conversaciones con nuestra pareja y nuestra familia ahora. Aunque muchas veces no es fácil hablar de ello, es mucho más fácil hacerlo ahora que más adelante.

Planificación funeraria

En la Iglesia católica, un funeral consta de tres partes: la vigilia (a veces la noche anterior y otras justo antes del funeral), el funeral propiamente dicho (con o sin la Eucaristía) y el entierro posterior en el cementerio. Al igual que en una boda, si es probable que muchos de los asistentes no sean católicos, las familias pueden optar por un funeral sin la Sagrada Comunión. Ambas opciones siguen estando permitidas. La vigilia puede celebrarse en la propia iglesia o en la funeraria, mientras que el entierro casi siempre tiene lugar en el cementerio.

No es raro que la gente pregunte: «¿Qué es mejor, la cremación o que mi cuerpo esté presente en el funeral?». Aunque la Iglesia permite ahora ambas opciones, se da preferencia a que el cuerpo esté presente, en gran medida debido al respeto que profesamos por el carácter sagrado del cuerpo humano. Lo que hacemos con nuestro cuerpo es importante, y esa es una de las razones por las que los católicos rezan con el cuerpo en cada misa (sentados, de pie, de rodillas) y una de las razones por las que los cuerpos se bendicen con agua bendita e incienso en los funerales. El cuerpo es sagrado, debe protegerse y respetarse. Por lo tanto, aunque la cremación está permitida en la Iglesia católica, pedimos que

las cenizas no se guarden simplemente en el hogar de la familia ni se esparzan en cualquier lugar. Más bien, es espiritualmente apropiado que se guarden en un lugar sagrado (columbario), bendecido por el obispo local. Desde un punto de vista práctico, esto tiene más sentido, ya que, cuando las personas se mudan con el paso de los años, es mucho menos probable que las cenizas se pierdan, se caigan o sean tratadas de forma irrespetuosa por los descendientes.

Cuando se celebra un funeral con cenizas en una iglesia católica, es bastante frecuente que el recipiente que contiene las cenizas (urna) se exponga en la parte delantera de la iglesia, en ocasiones junto con una imagen del difunto. Las cenizas suelen bendecirse en algún momento de la liturgia y posteriormente se trasladan al columbario del cementerio, momento en el que tiene lugar el rito de sepultura.

A la hora de planificar el propio funeral, conviene hacersé algunas preguntas con antelación: ¿a qué parroquia acudo? Si no estoy realstrado como feligrés, ¿debería hacerlo ahora? ¿Qué música y canciones deseo? ¿Quién quiero que lea los pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento en el funeral? ¿Deseo que determinadas personas traigan las ofrendas (pan y vino) en la misa fúnebre? ¿Qué sacerdote quiero que celebre la misa, a veces denominada «misa de réquiem»? ¿Quiero invitar a otros sacerdotes a que asistan? ¿Quién de mi familia podría reunirse con la iglesia y la funeraria para tratar algunos de estos detalles? (Los feligreses de San Miguel pueden ponerse en contacto con Gwen Coffey en la oficina de la iglesia para rellenar nuestra Hoja de planificación funeraria, de modo que los seres queridos dispongan de un registro escrito de estas decisiones. Incluso las personas jóvenes y sanas pueden adelantarse y tomar estas decisiones para ayudar a quienes les sobrevivan).

Cuando una familia no toma algunas de estas decisiones con antelación, la tarea de tomarlas suele recaer en el cónyuge o en el hijo que haya sido el principal cuidador del difunto. En algunos casos, esto puede provocar tensiones imprevistas dentro de la familia, ya que alguien puede sentirse menospreciado o herido si no se le invita a participar en la liturgia. Por favor, ahorra a tu familia este estrés siendo proactivo en estos aspectos desde ahora.

Testamento y última voluntad

Toda persona mayor de 18 años debería tener un testamento. No es raro que los sacerdotes entierren a jóvenes que fallecen demasiado pronto. La mayoría de las personas fallecen sin haber redactado su testamento, aunque tuvieran la intención de hacerlo en algún momento. Esto es lamentable, ya que suele significar que los seres queridos se ven obligados a lidiar con aún más estrés, limitaciones de tiempo y cargas económicas tras el fallecimiento. Si a esto le sumamos la abundancia de historias terribles sobre disputas entre hermanos por la herencia o los fondos del patrimonio, la situación puede volverse realmente complicada. He sido testigo de numerosas familias en las que hermanos que antes se llevaban bien han acabado envueltos en amargas disputas por algo tan insignificante como un reloj, una almohada o una taza de café.

Redactar un testamento garantiza que se respeten tus deseos y, en la medida de lo posible, que todos estén de acuerdo tras tu fallecimiento. Contar con un testamento protege asimismo a los beneficiarios y a las personas a tu cargo de personas sin escrúpulos que puedan reclamar un «derecho» sobre algo que nunca fue tu intención, lo que, de nuevo, generaría más estrés innecesario para tu familia cuando ya no estés.

A continuación se enumeran los puntos que deben abordarse en tu testamento:

***Declaración oficial:** Tu nombre completo, que estás en pleno uso de tus facultades mentales y que no te ves sometido a coacción alguna al redactar este documento, así como tu clara intención al redactar el testamento.

***Beneficiarios:** El nombre completo de aquellas personas (físicas o jurídicas) a las que desees que se les adjudique parte o la totalidad de tu patrimonio.

***Albacea:** ¿En qué persona confías para que sea el albacea de tu patrimonio tras tu fallecimiento? Debe indicarse claramente el nombre completo de dicha persona.

***Firma:** Deberás firmar el documento en presencia de dos testigos, de ser posible dos personas que no vayan a ser beneficiarias tras tu fallecimiento.

***Testigos:** Los nombres completos de dos personas que hayan presenciado la firma del documento y puedan dar fe de que usted se encontraba en pleno uso de sus facultades mentales cuando lo hizo.

Nota: En el estado de Tennessee, un testamento no necesita estar certificado ante notario para ser válido, aunque se recomienda hacerlo.

Una vez redactado el testamento, hay otras tareas que debe realizar:

- 1.) Revisar tus bienes y posesiones, asegurándote de que no se te haya olvidado nada.
- 2.) Hacer copias: una para su abogado, otra para el albacea y otra para su familia.
- 3.) Guardar una copia en una caja fuerte resistente al fuego.
- 4.) El documento debe revisarse y actualizarse de vez en cuando, de acuerdo con los cambios que se produzcan en su vida. Mi sugerencia sería hacerlo, como mínimo, cada 5 años.

Por desgracia, la mayoría de las personas posponen la redacción de su testamento, ya que con demasiada frecuencia dan por hecho que disponen de mucho tiempo antes de fallecer o concluyen: «Mi familia se encargará de ello cuando yo ya no esté». No se les ocurre que, al no dedicar el tiempo y el esfuerzo necesarios para hacerlo ahora, están generando mucho más estrés, en múltiples niveles, para sus seres queridos en el futuro.

Cuándo recibir los últimos ritos

Algunos puntos básicos sobre los Últimos Sacramentos (Unción de los Enfermos):[4]

- * No es necesario esperar a que una persona esté a punto de morir para recibir el sacramento.
- * La Iglesia lo recomienda para quienes están enfermos (física o emocionalmente), las personas mayores y quienes se preparan para una intervención médica (por ejemplo, una operación).
- * Solo un sacerdote católico puede administrar el sacramento a un miembro de los fieles.
- * A través de este sacramento, la persona recibe mayor paz interior y el perdón de los pecados.
- * El sacramento consiste en ungir la frente y las manos de la persona con aceite santo, bendecido por el obispo local durante la Semana Santa.
- * El rito de la Unción de los Enfermos puede incluir o no el viático, literalmente «provisiones para el viaje». Esto incluye llevar la Sagrada Comunión (Eucaristía) a una persona gravemente enferma antes de su muerte.

Algunos se preguntarán: «¿Cuándo es el mejor momento para pedirle a mi sacerdote que me administre este sacramento?». Respuesta: cuando creas que lo necesitas. La mayoría de los párrocos están más que dispuestos a visitar a un feligrés en su casa, en el hospital, o a reunirse con él antes o después de la misa para ayudarlo con la unción de los enfermos.

Donación de órganos y de cuerpos

La Iglesia Católica apoya la donación de órganos como un «acto noble y meritorio, y una expresión de generosa solidaridad» con quienes lo necesitan.[1] Sin embargo, el Catecismo de la Iglesia Católica señala además las siguientes salvedades: el donante debe decidir formalmente hacerlo (no se le puede extraer ningún órgano contra su voluntad) y, si se trata de un órgano vital, debe comprobarse primero que el donante ha fallecido. Lamentablemente, el tráfico de órganos humanos en todo el mundo es un delito reprensible, ya que a menudo se extraen de la víctima mientras aún está viva. Aunque esta horrible práctica es menos habitual en los países occidentales, no es infrecuente en el tercer mundo. Está bien documentado que alrededor del 20 % de las personas que esperan un trasplante de hígado mueren mientras esperan un donante y un hígado viable. Del mismo modo, las necesidades superan con creces los hígados disponibles que

pueden utilizarse para trasplantes.[2] La Iglesia Católica, por lo tanto, no solo apoya la donación de órganos, bajo las condiciones antes mencionadas, sino que también anima a los fieles a considerar la posibilidad de ofrecer sus órganos vitales para una posible donación tras su fallecimiento.

Del mismo modo, como católico, es moralmente lícito donar el propio cuerpo a la ciencia con fines de investigación. En tales casos, la parroquia puede ofrecer una misa de memoria en nombre de la persona fallecida sin que esté presente el cuerpo, si este ya ha sido donado. Si el cuerpo está presente y aún no ha sido donado, se pueden celebrar la vigilia y la misa fúnebre, aunque se omita el entierro en el cementerio.

II. PLANIFICACIÓN EMOCIONAL

Ahora es el momento de hablar.

La Biblia habla mucho de la prudencia o la sabiduría, sobre todo en el Antiguo Testamento (por ejemplo, en Proverbios y Eclesiástico). Señala que el hombre o la mujer sabios son aquellos que conocen sus debilidades, confían en el Señor para que les ayude, son humildes y planifican con antelación. Del mismo modo, la sabiduría sigue siendo uno de los dones del Espíritu Santo (1 Cor 12, 9), algo que san Pablo destaca a menudo en sus epístolas.

Algunas conversaciones en la vida son fáciles, y otras pueden resultar incómodas e incluso vergonzosas, sobre todo teniendo en cuenta la disposición natural de cada uno y la dinámica familiar. Ahora es el momento de sentarse y hablar con la pareja y los hijos sobre algunas cuestiones difíciles relacionadas con nuestra mortalidad. Como mencionamos anteriormente, la mayoría de las personas saben que algún día fallecerán, pero suelen dar por sentado que disponen de mucho tiempo. Los días se convierten entonces en semanas, las semanas en meses y los meses en años. En otras palabras, la cuestión de la mortalidad se va posponiendo continuamente, hasta que finalmente recae en manos de los seres queridos, que tendrán que ocuparse de ella cuando la muerte llegue de una vez por todas. Abordar estos temas de forma proactiva con antelación es un gran acto de amor, para que otros no tengan que hacerlo.

¿A quién tengo que perdonar?

Todos estamos quebrantados y, por lo general, heridos en mayor o menor medida. Jesús habla en numerosas ocasiones de la obligación (no es solo una sugerencia) de perdonar a los demás. Uno de los pasajes más ignorados sobre este tema es Mateo 5:26: «En verdad os digo que no seréis liberados hasta que hayáis pagado hasta el último céntimo». Lo que quiere decir aquí es que debemos «ajustar cuentas con nuestro adversario» antes de morir, o al menos intentarlo, antes de arrodillarnos ante Dios tras abandonar este mundo. En algunos casos, perdonar a los demás puede ser un proceso muy largo. Algunas heridas son muy profundas. Por esta razón, se suele decir que el perdón no es tanto una decisión si no un proceso. Del mismo modo, el perdón no significa en realidad que tengamos que hablar con la persona o volver a verla para hacerlo, lo que podría desencadenar aún más problemas. Por lo tanto, podemos perdonarla desde una distancia segura. Jesucristo, obviamente, sabe hasta qué punto lo hemos intentado y hasta qué punto algunos se han vuelto, ipso facto, «adictos» al resentimiento contra la persona que les hirió. Por desgracia para algunos, han llegado a definir gran parte de su vida en función de la persona hacia la que sienten más resentimiento (por ejemplo, un excónyuge, un padre alcohólico, etc.).

Para muchos, la persona a la que más necesitan perdonar bien podría ser Dios o nosotros mismos. Todos hemos dicho y hecho cosas de las que no nos sentimos orgullosos, y debemos comprender que Dios quiere que nos perdonemos a nosotros mismos y alcancemos una paz auténtica. Normalmente somos personas muy diferentes ahora de lo que éramos cuando hicimos lo que hicimos hace años. Es hora de entregárselo a Dios y estar en paz con la sabiduría que hemos adquirido de la experiencia.

No es raro que algunas personas alberguen amargura o resentimiento hacia Dios o la Iglesia por diversas razones, normalmente como consecuencia de la pérdida de un hijo, la infertilidad, sus circunstancias particulares en la vida, experiencias negativas con personas de la Iglesia o el sufrimiento físico. A veces, la ira hacia Dios no solo puede ser natural, sino que puede ser buena, ya que conduce a una oración sincera. Puede resultar útil aquí subrayar la diferencia entre la ira que puede convertirse en el pecado capital del odio —algo que nunca es bueno— y la ira que es totalmente justificable. Recordemos que Jesús se enfadó muchas veces, pero nunca pecó (Juan 2, 13-16). Por su parte, san Pablo destaca la diferencia entre la ira justa y la injusta en sus cartas a la Iglesia de Éfeso: «Si os enfadáis, que sea sin pecar. No dejéis que el sol se ponga sobre vuestro enojo» (4, 26). En otras palabras, como emoción, la ira puede utilizarse para proteger lo que y a quienes necesitan protección (por ejemplo, nuestra fe, nuestro país, nuestra familia, a nosotros mismos). La clave está en superar la ira para que no se transforme en amargura, malicia y resentimiento. Esto suele llevar tiempo, a veces mediante asesoramiento, oración y perseverancia. Dios nos ayudará, pero debemos poner de nuestra parte para sanar, perdonar y seguir adelante.

Sí, moriremos.

De las aproximadamente 150 000 personas que fallecen cada día en todo el mundo (unos 60 millones al año), la mayoría muere a causa de enfermedades cardíacas, cáncer, accidentes cerebrovasculares y accidentes imprevistos.[7] A veces, el paciente y su familia prevén la muerte, y otras veces no. Como nos dice Jesús: «Ni el día ni la hora sabemos» (Mt 24, 36; Mc 13, 32) del fin de los tiempos, y podríamos decir algo similar sobre nuestra propia muerte. Cada uno de nosotros debe estar preparado cada día para encontrarse con el Señor. Un día nos cepillaremos los dientes, y será la última vez que lo hagamos. Un día besaremos a nuestro cónyuge, y será la última vez que lo hagamos. Un día nos vestiremos, y será la última vez que lo hagamos. Y un día iremos a misa, y será la última vez que lo hagamos, al menos en esta vida. Debemos estar preparados en la medida de lo posible.

Los santos de la Iglesia católica se han referido a esta preparación espiritual como *ars moriendi*, o el «arte de morir», mediante el cual uno tiene una sana conciencia de su propia mortalidad. Este «arte» implica una toma de conciencia gradual de que cada día es un día más cerca de nuestro último día. Del mismo modo, implica una «santa inquietud» para ser proactivos en nuestra preparación y una «santa rendición» al aceptar lo inevitable, confiando en la misericordia de Dios. Cuando se aborda con los ojos de la fe en la vida eterna, el temor que a menudo se asocia con la muerte da paso gradualmente a una alegre expectación sobre la que san Pablo dice: «Lo que ningún ojo ha visto, ni ningún oído ha oído... lo que Dios ha preparado para quienes le aman» (1 Cor 2, 9). Como señaló el beato Fulton J. Sheen, la muerte es algo horrible para quien vive solo para sí mismo, pero es algo hermoso para quien ha aprendido, a lo largo de los años, a morir a sí mismo cada día. El sufrimiento que a veces experimentamos en esta vida nos enseña sobre la muerte mucho antes de que se produzca nuestra muerte física, siempre que uno sea lo suficientemente sabio como para aprender de él. Además, al otro lado de la muerte física, todo el sufrimiento que hemos experimentado en esta vida cobrará por fin sentido para nosotros. En ese momento comprenderemos por qué las cosas sucedieron como sucedieron y qué nos enseñó la perseverancia en el sufrimiento como preparación para el cielo.

Si bien es cierto que no faltan personas que padecen tanatofobia, o un miedo paralizante a la muerte, también lo es que parte de ese miedo debilitante probablemente se disiparía si esas personas supieran mejor qué esperar de su propio fallecimiento. Seamos sinceros: teorizar sobre la muerte es fácil cuando no nos enfrentamos nosotros mismos a una muerte inminente. Sin embargo, si hablamos con cualquiera que haya escapado por los pelos de la muerte, normalmente nos dirá que, ante la muerte, uno se siente humilde y se da cuenta muy rápidamente de qué y quién es lo más importante en la vida. La propia mortalidad se vuelve cruda y real. Parte de esta toma de conciencia incluye la rendición ante lo

desconocido de la propia existencia tras la muerte, pero para muchos, el miedo radica más bien en la falta de control que sienten. Esta última cuestión suele resultar más angustiosa para las personalidades de tipo A, que pasan la vida al mando y están acostumbradas a llevar las riendas.

Tras haber escapado de la muerte, estos «líderes» suelen quedar transformados para siempre, hasta tal punto que sus allegados a menudo ya no saben cómo relacionarse con ellos. Este fenómeno no es infrecuente entre los soldados que regresan a casa tras el combate o entre quienes han sobrevivido a experiencias extremadamente peligrosas, como el 11-S.

La maduración espiritual en el ars moriendi requiere, por lo tanto, una entrega diaria y una resiliencia ante el sufrimiento humano, especialmente si ese sufrimiento no tiene sentido para nosotros en este momento.

Acabar con los conflictos familiares

No es raro que hermanos que antes se llevaban bien lleguen casi a los golpes por las posesiones más insignificantes o por los fondos del difunto. Del mismo modo, suele recaer en el hermano más «practicante» la responsabilidad de tomar las decisiones relativas a los preparativos del funeral, ya que suele ser quien mejor conoce la parroquia o al sacerdote. Si ese hermano elige a alguien para que lea un texto y los demás hermanos no están de acuerdo, muchas veces se genera resentimiento entre los miembros de la familia. Los chismes sobre ese hermano pueden extenderse fácilmente y la persona se ve obligada a lidiar con el drama familiar, además de tener que hacer malabarismos con los detalles prácticos de la organización del funeral y gestionar su propio estrés emocional. Por favor, no pongás a esta persona en esa horrible situación. Ten el valor de abordar estos temas ahora, mientras todos piensan con relativa claridad.

III. PLANIFICACIÓN ESPIRITUAL

Alma contra espíritu

En el momento de nuestra concepción en el seno materno, cada uno de nosotros recibió tres cosas que son inmortales: un alma inmortal, un ángel de la guarda inmortal que nos ayuda a llevar esa alma de vuelta a Dios, y una vocación única para cada uno de nosotros. Como señala Jesús en el Evangelio de Juan: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os designé para que vayáis y deis fruto que perdure» (Jn 15, 16). Para los cristianos católicos, definimos al ser humano como *corpore et anima unus* (unión de cuerpo y alma). Esta realidad antropológica significa que, cuando morimos, no nos convertimos en ángeles, como sostienen algunos cristianos, quizá bienintencionados. Más bien, somos almas incorpóreas que esperan la Segunda Venida de Jesucristo (escatón), para que entonces podamos reunirnos con nuestros cuerpos en un estado eternamente glorificado. Este es, en realidad, el milagro del Domingo de Pascua: que por la redención de Cristo hemos obtenido esta realidad eterna. Además, la virtud teologal de la esperanza es la guía en nuestro corazón que, finalmente, nos conduce a casa, un hogar que todos anhelamos más que nada. Los seres humanos, por lo tanto, fueron creados por Dios para tener cuerpos unidos a las almas. Si bien el alma es la esencia de lo que somos, siempre estuvo destinada a tener un cuerpo humano. Así pues, aunque el alma humana es en sí misma espiritual, no es un espíritu puro.[8]

Esta realidad contrasta con la de nuestros ángeles de la guarda, que son puro espíritu y nunca estuvieron destinados a tener un cuerpo humano. En el cielo, veremos a los ángeles y los conoceremos bien, aunque no los reconoceremos en nuestros propios cuerpos hasta el fin de los tiempos (la Segunda Venida), cuando los cuerpos de todos se reunirán de nuevo con sus almas. Nuestros ángeles de la guarda nunca tendrán cuerpos, aunque en ese momento los conoceremos y los veremos en nuestros cuerpos. Por eso san Pablo se refiere a Jesús como «el primogénito de entre los muertos» (Col 1, 18). Estaremos en el cielo con nuestros cuerpos, del mismo modo que Jesús está allí ahora con su propio cuerpo. A esto hay que añadir que Jesús nos asegura que, cuando recibimos la Eucaristía en la misa, recibimos la promesa de la vida eterna, lo que los santos han denominado el «alimento de la inmortalidad» (San Ignacio de Antioquía).[9]

«¿Qué pasa cuando muera?»

Cuando morimos, nuestro corazón deja de latir y nuestro cerebro deja de funcionar. En la mayoría de los países, la muerte clínica se determina en función de la muerte cerebral. Sin embargo, los cristianos católicos entendemos que la mente es inmortal (unida al alma) y que el cerebro es mortal. En otras palabras, tal y como señaló santo Tomás de Aquino, la mente está unida al alma y, como tal, sobrevive a la muerte corporal.[10] Así pues, aunque ambas están conectadas, existe una clara diferencia.

A lo largo de los años he leído miles de casos de lo que se denomina «experiencias cercanas a la muerte» (ECM). Por ECM nos referimos a aquellas personas que han experimentado la muerte cerebral durante algún tiempo y que posteriormente fueron reanimadas. Los católicos son, sin duda, libres de creer o no creer en ellas; sin embargo, a la luz de mis propias entrevistas con algunas personas que han vivido ECM, en este momento he llegado a aceptar que muchas de ellas son algo más que médicamente verificables. Algunas de las personas que han vivido ECM gozan de gran prestigio en las comunidades científica y médica. Cabe señalar que algunas de las personas que han vivido una ECM eran ciegas de nacimiento y, tras ser revividos, describen con gran detalle la escena visual en el quirófano, a familiares fallecidos que ahora están en el cielo o el entorno que les rodeaba.

Suponiendo que uno crea en el fenómeno, ya bien documentado, de lo que algunas personas han testificado haber experimentado tras haber muerto, quizá merezca la pena preguntarse: ¿cuáles fueron algunas de las experiencias comunes que tuvieron cuando sus almas abandonaron sus cuerpos humanos? Aunque las experiencias post mortem que tienen las personas son muy variadas, los siguientes son algunos de los fenómenos más comunes que he presenciado y estudiado con estos supervivientes:

**Música:* Muchos describen la música del cielo como algo que nunca se ha oído en esta vida.

**Colores:* Muchos describen los colores del cielo como algo que nunca han visto en esta vida.

**Reconocimiento de otras personas:* Muchos describen el fenómeno por el que reconocen tanto a personas que conocieron en su vida terrenal como a muchas que murieron mucho antes de ellos nacieran.

**Ausencia de miedo a la muerte:* La mayoría describe no solo una recién descubierta ausencia de miedo a morir, sino que también habla de una auténtica decepción por haber sido resucitados tras su muerte. Tras regresar a sus cuerpos, casi todos afirman ahora sentir una ausencia casi total de miedo a morir cada vez que se acerca de nuevo el momento de su muerte.

**Reflexión sobre sus vidas:* Muchos describen una especie de «repaso de la vida» en el que experimentan de primera mano sus propias decisiones vitales (buenas y malas) y, a continuación, perciben el impacto que ambas tienen en otras personas. Casi nunca se hacía con la intención de que la persona sintiera culpa, sino simplemente para hacerle comprender el profundo impacto que nuestras acciones y palabras en esta vida tienen en los demás.

Suponiendo que se atribuya cierta validez a estos relatos (por mi parte, lo hago), surge una pregunta obvia: ¿cómo experimentan todas estas cosas sin un cuerpo humano? Para escuchar música, ver colores y reconocer a los demás, necesitamos nuestros sentidos corporales. En otras palabras, si sus cuerpos no están con ellos en el cielo (puesto que se encuentran en el depósito de cadáveres, en el hospital o en el lugar del accidente), ¿cómo experimentan estas cosas? La respuesta, al parecer, nos remite a lo que destacó santo Tomás de Aquino respecto a la inmortalidad del alma tras la muerte corporal. Debe de haber algo reconocible en el alma humana tras la muerte si los demás pueden saber inmediatamente quiénes somos y pueden ver sin necesidad de ojos humanos. Esto nos recuerda las palabras de Jesús en el Evangelio de Mateo: «El ojo es la lámpara del cuerpo. Si tus ojos están sanos, todo tu cuerpo estará lleno de luz»[11].

Aunque gran parte de esto sigue siendo un misterio para nosotros, hay dos cosas ciertas: el alma humana es inmortal y existe un mundo más allá de este. Esta es una realidad que los católicos profesan cada domingo en el Credo de Nicea: «Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles».

El miedo a lo desconocido

Como cualquier neurocientífico puede confirmar, el cerebro humano detecta patrones y aprende rápidamente de ellos. Esto puede jugar a nuestro favor, como en el caso del aprendizaje académico o la supervivencia física, o en nuestra contra, como en el caso de la descarga de dopamina que se produce con las adicciones. Dado que la mayoría de nosotros nunca hemos experimentado realmente la muerte cerebral, no existe un «patrón de muerte» que nuestro cerebro pueda seguir. En otras palabras, se trata de un territorio completamente nuevo e incierto. Esto resulta alarmante para muchos, ya que la mayoría queremos prepararnos para lo desconocido. Afortunadamente, Jesús nos da instrucciones claras al respecto: «Haced a los demás lo que queráis que os hagan a vosotros» (Mt 7, 12). Aunque hay muchas cosas para las que simplemente no podemos prepararnos, ya que se tratará de una realidad completamente nueva, es más importante recordar que la mejor manera de prepararnos para esta realidad desconocida es algo que, en realidad, ya conocemos como cristianos. La mejor forma de prepararnos para la muerte es amar a los demás ahora.

Hay algunas experiencias en la vida que vivimos en comunidad, como los grandes acontecimientos vitales, las fiestas y las celebraciones. Del mismo modo, hay otras experiencias en la vida que debemos afrontar en soledad, y es entonces cuando se revela el carácter moral de cada persona. La persona tal y como es realmente sale inmediatamente a la luz. Esto se observa a menudo, por ejemplo, en momentos de crisis, cuando uno se encuentra bajo una gran presión o en peligro. La muerte es un fenómeno que cada uno debe experimentar en soledad, incluso si uno está rodeado de su familia en el momento de la muerte. Al final, todos los demás rostros desaparecerán y solo quedarán dos personas en la habitación: tú y Jesucristo. A esto se le llama «juicio particular».

Sentencias particulares y definitivas

En la última línea de la oración del Ave María, los católicos rezan *Nunc et in hora mortis nostrae* («Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte»). En esta oración, pedimos la ayuda eterna de la Santísima Virgen María en el momento de nuestra muerte, cuando nos arrodillemos ante su Hijo. En lo que se conoce como el Juicio Particular, inmediatamente después de la muerte, cada ser humano se presentará ante Jesucristo para dar cuenta de su vida: las decisiones tomadas y las palabras pronunciadas. Este juicio será privado (entre nosotros y Él), mientras que el Juicio Final (al final de los tiempos) será público, cuando todos resuciten de entre los muertos. En varias ocasiones, en los Evangelios, Jesús se refiere a esta realidad, especialmente con la separación de las ovejas y las cabras (Mt 25). Asimismo, señala: «No hay nada oculto que no haya de ser revelado, ni nada dicho en secreto que no haya de ser conocido» (Lc 12, 2). Es en este momento cuando cada uno de nosotros verá el impacto que nuestras decisiones vitales (acciones directas y omisiones) han tenido en los demás, para bien o para mal. Tanto san Santiago (2, 13) como san Pablo, los apóstoles, dan testimonio de la realidad de este Juicio Particular ante Cristo (2 Cor 5, 10).

El cielo, el infierno y el purgatorio

La doctrina católica habla de lo que denominamos las «Cuatro Últimas Cosas»: la muerte, el juicio, el cielo y el infierno. Por lo general, el purgatorio no se incluye entre las Cuatro Últimas Cosas debido a su carácter temporal, ya que quienes se encuentran en él acabarán un día en el cielo. Tras pasar por nuestro Juicio Particular ante Jesucristo, nos encontraremos bien en el cielo, bien en el infierno, o bien en un estado temporal de purificación (el purgatorio).

El Papa San Juan Pablo II enseñó que el cielo, el infierno y el purgatorio no son lugares físicos en el universo, sino más bien «estados del ser», en los que uno se encuentra en un estado de alegría eterna con Dios, de miseria eterna o de purificación previa a la entrada en el cielo. En el cielo, uno experimenta la plenitud de la alegría que busca en lo más profundo de su corazón. Es un estado de felicidad eterna en presencia de la Santísima Trinidad, la fuente de la que procedemos y a la que anhelamos volver. Nuestras almas fueron creadas originalmente para este estado eterno de alegría con Dios, como señaló con ternura San Agustín en sus Confesiones: «Nos has creado para ti, y nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en ti, oh Dios».[12] En el cielo, por lo tanto, nuestras almas encontrarán finalmente la alegría eterna que hemos anhelado cada día en esta vida y la experimentaremos en una ausencia total de sufrimiento humano.

En el purgatorio, la persona se encuentra en una «condición de transición» en la que muere en estado de gracia, pero aún posee características que deben purificarse antes de entrar en la presencia de Dios. El papa Benedicto XVI se refirió al purgatorio como un estado de «purificación y sanación que madura el alma para la comunión con Dios».[13] No se nos dice cuánto durará el purgatorio ni en qué consistirá concretamente. Lo que sí sabemos es que algunas personas realizan su purificación espiritual en esta vida y otras en la siguiente. Para todos nosotros, debe haber una purificación del ego y de cualquier arrogancia residual antes de entrar en el cielo. Esta purificación nos lleva a lo esencial de nuestra relación con Dios. Llegamos a comprender qué y quién importa realmente, normalmente a través del sufrimiento y de una mayor humildad.

El infierno, por el contrario, es el estado de separación eterna de Dios debido al pecado impenitente y al orgullo. Esto incluye a quienes han descuidado definitivamente ayudar a los demás, ya sea por ego o por omisión (p. ej., la parábola del hombre rico y Lázaro —Lc 16, 19-31—). El Catecismo de la Iglesia Católica, en el apartado dedicado al infierno, señala específicamente lo siguiente: «Nuestro Señor nos advierte de que seremos separados de él [infierno] si no atendemos las graves necesidades de los pobres...» [14] En numerosas ocasiones, Jesús se refiere a la existencia del infierno (Gehena) y a la condición eterna de quienes se encuentran allí. Cuando alguien muere en estado de pecado mortal sin arrepentimiento, se enfrenta a la perspectiva real de la separación eterna de Dios por toda la eternidad, y «este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados se llama “infierno”». [15] Una vez más, el papa Benedicto XVI destaca la realidad del infierno para aquellos que han elegido libremente rechazar la verdad de Dios en sus vidas: «Puede haber personas que hayan destruido por completo su deseo de verdad y su disposición al amor, personas para quienes todo se ha convertido en una mentira, personas que han vivido para el odio y han reprimido todo amor en su interior. Es una idea aterradora, pero en ciertas figuras de nuestra propia historia se pueden observar

perfiles alarmantes de este tipo. En personas así, todo sería irremediable y la destrucción del bien sería irrevocable: esto es lo que entendemos por la palabra «infierno». [16] La separación eterna de Dios en el infierno será, por tanto, la plena conciencia de que estábamos destinados a la alegría eterna con Él en el cielo y la plena conciencia de que nunca la conoceremos. Es el estado al que Jesús se refiere como «llanto y crujir de dientes», cuando uno se da cuenta plenamente de que quedará excluido para siempre del cielo como consecuencia de sus propias decisiones de vida negativas. [17]

Para que quede claro, «Dios no predestina a nadie a ir al infierno», y es su gran deseo que todos estén para siempre con Él en el cielo.[18] San Pablo también da testimonio de esta realidad en sus epístolas (Ef 1, 5). Así, del mismo modo que Dios creó a los ángeles a su imagen y semejanza (mundo invisible), también creó al hombre a su imagen y semejanza (mundo visible), habiendo dotado tanto a los ángeles como al hombre de libre albedrío para aceptarlo o rechazarlo.[19] En numerosas ocasiones, Jesús destaca la realidad de los demonios, es decir, de aquellos espíritus que eligieron libremente rechazar su amor y seguir a Satanás en su lugar. [20] Nuestro Señor señala que el infierno fue creado originalmente para «Satanás y sus ángeles», pero cualquiera puede elegir libremente este camino también al rechazar el amor de Dios y no amar a los demás. Así pues, Dios nos da únicamente lo que hemos elegido. Él lo verá todo y nosotros también. Será plena y completamente transparente desde todos los ángulos, lo que dejará muy claro nuestro destino final tras este juicio.

Cómo hacer una buena confesión

Los exorcistas de la Iglesia católica suelen señalar que una buena confesión es mucho más poderosa que un exorcismo, y tienen razón. Un exorcismo es un sacramental, mientras que la confesión (o reconciliación) es un sacramento. Mientras que un exorcismo formal es una «liberación somática» que implica la purificación corporal de una entidad demoníaca, la confesión es una purificación completa del alma de la persona del pecado. El alma humana queda completamente purificada de todo pecado, incluso de aquellos que uno pueda haber olvidado.

No vamos a realizar aquí un análisis exhaustivo del sacramento de la reconciliación, pero baste decir que, para la mayoría, es una experiencia que invita a la humildad. En el Evangelio de Juan, Jesús otorga a los apóstoles (sucesión apostólica) el poder de perdonar los pecados, algo que la Iglesia sigue aplicando y ofreciendo a los fieles. [21] Cuando algunas personas se acercan al final de sus vidas, la cuestión de la confesión tiende a cobrar mayor importancia y, francamente, así debe ser. Esto nos remite a nuestra anterior reflexión sobre el *ars moriendi*, o «arte de morir», mediante el cual adquirimos gradualmente una mayor conciencia de nuestra mortalidad, nuestras debilidades y nuestra eventual

rendición de cuentas ante Dios por nuestras acciones. Sin embargo, en este sentido, no es necesario esperar hasta el momento de la muerte para hacer una buena confesión. Se puede hacer en cualquier momento. Hay una diferencia entre nuestra memoria y la memoria de Dios. Tras confesarnos, seguiremos recordando lo que hemos hecho, pero a los ojos de Dios nunca ocurrió. Él nos permite recordar lo que hemos hecho, aunque sea doloroso, con la esperanza de que aprendamos de ello y crezcamos. A esto lo llamamos conversión. Uno de los mayores errores que comete la gente, por tanto, es dar por sentado que «si lo recuerdo, es que Dios no me lo ha perdonado». Esto no es cierto.

La misericordia de Dios y la justicia de Dios

El primer domingo después de Pascua celebramos la fiesta de la Divina Misericordia, que pone de relieve el amor y el perdón magnánimos de Jesucristo. Esta celebración debería infundirnos mucha esperanza y confianza en el deseo de Dios de que estemos con Él en el cielo para siempre. Cabe señalar que esta esperanza no es solo una esperanza de salvación eterna para nosotros, sino también para los demás, como cualquier padre o madre estará dispuesto a atestiguar. Ellos también quieren que sus hijos estén en el cielo. El papa Benedicto XVI destaca este punto en su encíclica sobre la esperanza cristiana: «Nuestra esperanza es siempre, en esencia, también esperanza para los demás; solo así es verdaderamente esperanza para mí también. Como cristianos, nunca debemos limitarnos a preguntarnos: ¿cómo puedo salvarme yo? Debemos preguntarnos también: ¿qué puedo hacer para que los demás se salven y para que también para ellos salga la estrella de la esperanza? Entonces habré hecho todo lo posible también por mi propia salvación personal». [22]

Como mencionamos anteriormente, nuestra fe católica nos enseña que «con la muerte, nuestra elección de vida se vuelve definitiva: nuestra vida se presenta ante el juez [Jesucristo]». [23] En otras palabras, no hay segundas oportunidades en lo que respecta a nuestras elecciones de vida. Tras la muerte, estas quedan selladas para siempre, al igual que tampoco las hay para los ángeles y los demonios. Algunos cristianos han suscrito la idea errónea de lo que a veces se denomina «universalismo», es decir, la idea de que todas las personas serán salvadas inevitablemente, independientemente de sus acciones en esta vida. Si bien es cierto que Dios desea que todos se salven, también respeta nuestro libre albedrío a la hora de determinar nuestro destino eterno definitivo. [24] La doctrina universalista, por lo tanto, pasa por alto toda idea del infierno y de la responsabilidad eterna ante Dios tras esta vida. Esto va en contra de lo que el propio Jesús enseña en los Evangelios. Se trata de una falacia común en el pensamiento estadounidense actual. Suele expresarse más o menos así: «Mientras sea, en el fondo, una buena persona, iré al cielo». El problema de esta lógica es que cualquier comportamiento censurable puede permitirse bajo la idea

de que «en el fondo soy una buena persona». Aunque la Iglesia católica rechaza por completo el universalismo, sigue rezando por la salvación eterna de todas las personas.

Es bueno mantener algunas cosas en el equilibrio adecuado, ya que uno puede desviarse del camino tanto a la derecha como a la izquierda, y la historia de la Iglesia ha sido testigo de numerosos errores en ambos bandos. Por un lado, Dios siempre respeta nuestro libre albedrío a la hora de elegir si amarle a Él y a los demás en esta vida o no; y, por otro lado, Él es la encarnación de la misericordia y el perdón. Dicho esto, para que podamos recibir la misericordia y el perdón de Dios, primero debemos perdonar a los demás: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»[25]. En pocas palabras, «con la medida con que midamos, se nos medirá a nosotros». [26] Hay personas que viven su vida con total apatía respecto a asistir a misa o confesarse, y, sin embargo, aman profundamente y son muy indulgentes. Otras, en cambio, asisten a misa todos los domingos y se aferran obstinadamente al rencor, al resentimiento y son incapaces de perdonar. Para ser claros, quienes sabemos más tenemos una mayor responsabilidad que quienes no la tienen: «A quien mucho se le ha dado, mucho se le exigirá». [27] Por lo tanto, una vez que hemos sido expuestos a la verdad de Jesucristo, tenemos la responsabilidad definitiva de vivir en esa verdad y nadie puede alegar una ignorancia deliberada ni permanecer neutral ante Dios.

Hay quienes sufren de una escrupulosidad inmensa, por lo que nunca pueden relajarse ni confiar en la misericordia de Dios. Estas personas suelen vivir según una teología del miedo, poniendo los puntos sobre las íes y las tildes en las tes para evitar la condenación eterna. Varios santos católicos experimentaron esto en algún momento de sus vidas (por ejemplo, Santa Teresa de Lisieux o San Maximiliano Kolbe). En el extremo opuesto, hay quienes caen de nuevo en la idea errónea de que Dios es un «Dios bueno» y que «inevitablemente me perdonará todos los pecados, así que en realidad no importa lo que haga». A esto se le denomina «pecado de presunción», muy similar al pensamiento universalista. Si bien es cierto que Dios nos perdona nuestros pecados cuando buscamos el arrepentimiento, también espera que demos pasos concretos para cambiar nuestras vidas a mejor. Dado que tenemos una naturaleza caída (concupiscencia), en cierta medida siempre nos costará crecer y mejorar en esta vida, pero Dios también ve nuestros esfuerzos y nos saldrá al encuentro con su gracia. Esta combinación de justicia divina y misericordia divina es importante si queremos comprender con precisión la perspectiva de Jesucristo cuando nos encontremos con él en la otra vida.

IV. UNA ÚLTIMA REFLEXIÓN SOBRE LA MUERTE

Algún día dejaremos esta vida. Dejaremos atrás a todas las personas y todas las cosas que hemos conocido. Aunque esto nos hace sentir humildes y nos intimida, debemos confiar en lo que Jesús nos dice sobre el cielo: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a preparar un lugar para vosotros, para que donde yo esté, vosotros también estéis». [28] Puesto que los cristianos creemos que Jesucristo es Dios, debemos dar por hecho que no miente cuando dice esto, sobre todo teniendo en cuenta que menciona el cielo en numerosas ocasiones en los Evangelios. Tenemos una gran esperanza de que el cielo nos espera. Mientras tanto, vivimos nuestras vidas lo mejor que podemos, amando a Dios y a los demás con el tiempo que se nos ha concedido. Hacemos bien, pues, en prepararnos de forma práctica, emocional y espiritual para esta nueva realidad que nos espera.

- [1] Pope John Paul II, *Locution on Caring for Persons in a Persistent Vegetative State* (March 20, 2004).
- [2] Catechism of the Catholic Church, no. 2277.
- [3] CCC, no.2278.
- [3] CCC, no.2278.
- [4] CCC, no.1527.
- [5] CCC, no. 2296
- [6] American Association for the Study of Liver Disease (Nov. 12, 2021).
- [7] Census Data (2017).
- [8] CCC, nos. 363-366.
- [9] John 6:58: "Whoever eats this bread will live forever."
- [10] *Summa Theologiae* (Part 1, Question 75).
- [11] Jn 6:22.
- [12] St. Augustine, *Confessions*. 1,1.5.
- [13] Pope Benedict XVI, *Spe Salvi*. no. 45.
- [14] CCC, nos.1033-1037.
- [15] CCC, no. 1033.
- [16] Pope Benedict XVI, *Spe Salvi* (2007), no. 45.
- [17] Mt 8:12, 13:42, 13:50, 22:13, Lk 13:28.
- [18] CCC, no.1037.
- [19] Pope John Paul II, *Wednesday Catechesis on Angels and Demons* (July-August, 1986).
- [20] Mt 25:41.
- [21] Jn 20:21-23.
- [22] *Spe Salvi*, no.48.
- [23] *Spe Salvi*, no.45.
- [24] 1 Tim 2:4.
- [25] Mt 6:9-13.
- [26] Mt 7:2, Lk 6:38.
- [27] Lk 12:48.
- [28] Jn 14:2.

El padre Ben Bradshaw es el párroco de la iglesia católica de San Miguel, la más grande de la diócesis de Memphis. Antes de su ordenación sacerdotal en 2006, trabajó como chef y completó su formación profesional en varias prestigiosas escuelas de cocina. Su experiencia culinaria influye en su ministerio actual, en el que hornea cientos de «King Cakes» para una recaudación de fondos anual, prepara cenas gourmet con fines benéficos y presenta un popular podcast y canal de YouTube, *Soul Food Priest*. Además, el padre Ben posee una licenciatura en Teología Sagrada por el Instituto Pontificio Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, en Washington, D.C.